

MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

La madre al servicio de la libertad

La libertad, como la política, nace de la contradicción. De la contradicción entre el deseo y la mediación histórica: o sea, de la contradicción entre lo que una o uno quiere hacer para ser (o, como solemos decir, para existir con felicidad) y el sentido que encuentra circulando en su mundo. Esta contradicción se da en cualquier relación social y humana: se da entre una madre y su hija, se da entre una hija y su padre, entre un hijo y su padre, entre un hijo y su madre, y así sucesivamente. Pero la matriz y la cuna de la contradicción de la que nace o puede nacer libertad es la relación entre madre e hija. Porque esta es la relación primigenia de la vida humana, la que hace o puede hacer genealogía y cultura, la que sustenta la lengua materna, la que civiliza o puede civilizar, como sabemos bien en las sociedades mediterráneas, que hemos conservado el culto prepatriarcal de *les tres mares*—la abuela, la madre, la hija—, un culto y una iconografía que, para la historia de Cataluña, ha estudiado Esther Borrell.¹

Pero cuando decimos libertad ¿de qué libertad estamos hablando? Lia Cigarini, de la Librería de mujeres de Milán, descubrió hace ya unos años que la libertad no es neutra sino sexuada; es decir, descubrió que no hay entre la gente un único tipo de libertad, que sirva igual y vivamos igual las mujeres que los hombres, sino dos. Ella descubrió que, en nuestra cultura occidental, hay dos modalidades de la libertad: la libertad individualista, que es la propia del hombre moderno y contemporáneo —sin excluir a mujeres—, un hombre que, con sus derechos individuales, se defiende y

actúa en la sociedad, y hay también la que ella ha llamado la libertad femenina, también esta no excluyente. La libertad femenina es –ha escrito Lia Cigarini– libertad relacional, libertad “que encuentra en otra vínculo, intercambio y medida”.² La libertad femenina es, por tanto, “libertad con”.³ Es muy interesante recordar que Lia Cigarini no descubrió esta libertad pensando intelectualmente sino intentando entender una contradicción de su vida. La contradicción –que muchas quizá conozcáis por experiencia– fue la que se dio entre mujeres que eran jóvenes en los años setenta del siglo XX y frecuentaban los partidos políticos o los movimientos radicales de izquierda: ahí descubrimos (yo en el movimiento estudiantil de mi facultad en la Universidad de Barcelona) que la izquierda luchaba por la libertad, sí, pero que esa libertad por la que se luchaba no tenía mucho que ver conmigo, no era lo que yo anhelaba aunque no tuviera las palabras para decirlo, y ello no precisamente por una cuestión de clase social sino porque yo había elegido ser una mujer. Cuando esta contradicción se hizo insoponible, muchas o bastantes mujeres nos separamos de esos grupos; y así nació el movimiento político de las mujeres de esos años.

Para tocar la pregunta de hoy, yo voy a trabajar dos contradicciones que conozco por experiencia: 1) La no libertad de la madre, según la hija; 2) La no libertad de la hija, según la madre. Porque la historia de las mujeres no es un camino recto de progreso, no es un ir sencillamente de peor a mejor, sino que es una historia que, como la vida, está hecha de líneas quebradas, de avances, de pasos laterales, de retrocesos, de asomos a abismos inexplorados cuya dirección es una incógnita, de caídas que son avances... como le pasó a Margarita Porete en su experiencia mística, que fue (y es) una experiencia de libertad porque fue y es una experiencia de autoconocimiento que –como ella escribió hace ya mucho, a finales del siglo XIII– lleva, al final del camino, al País de la Libertad.⁴

Con frecuencia, cuando una mujer es joven, ve falta de libertad en la vida de su madre. Esto suele plantearle una contradicción con su propio deseo de libertad, una contradicción dolorosa, porque se da cuenta de que anhela algo que su madre ya no puede enseñarle y que, por eso, puede poner en peligro la relación con ella. En mi generación, esta contradicción fue

intensísima: vimos, en nuestras madres, también en las de izquierda, una lealtad al patriarcado que las hijas no podíamos comprender. No pondré un ejemplo de mi propia madre porque no estamos en un grupo de autoconciencia, pero contaré uno colateral que me ayudará a explicarme mejor. A principios de los años ochenta, después de un acto político feminista en Barcelona con varias mujeres muy conocidas de la generación anterior, Federica Montseny (que era la protagonista del acto –había sido ministra de sanidad durante la segunda república española, para quien no la recuerde–) me regañó diciendo que las feministas de mi edad nos equivocábamos porque éramos poco leales a los hombres. Yo no supe decirle nada en respuesta, pero caí en la cuenta de que era un asunto muy importante y que nos distanciaba como distancia un abismo: pequeño pero infinito. Hoy puedo decir que fue esta contradicción lo que ha traído al mundo el final del patriarcado.

Fue, por tanto, una contradicción fecunda. Pero hoy me pregunto si no habrá sido una fecundidad demasiado dolorosa. Me pregunto si no hubiera sido posible encontrar las palabras, hacer simbólico, reparar la relación madre/hija con palabras que curan, o sea, significando la contradicción, haciéndola decible y practicable sin romper con ella. Pienso que quizá sea precisamente de aquí, de este dolor por una contradicción vital e histórica fecunda pero no reparada entre madre e hija, de donde sale la pregunta que nos reúne hoy aquí: ese ¿cómo ser libre en presencia de la madre viva?

¿Qué me habría gustado a mí que hiciera mi madre, o que hiciera Federica Montseny? Y esto me lleva a la segunda contradicción que quería plantear: la no libertad de la hija, según la madre. Pues, con frecuencia, las madres vemos falta de libertad en la vida de nuestras hijas, a pesar de que las amemos intensamente; y abrimos contradicciones, con el consiguiente sufrimiento. Los ejemplos son muchos. Uno es la manera de relacionarse las jóvenes de hoy con el trabajo, con la maternidad, con el dinero. Con frecuencia la madre teme que la hija acabe marginándose porque no lucha por una carrera o porque deja el trabajo para estar con sus hijas o hijos cuando es madre, y nos parece poco previsora con su futuro y demasiado dependiente de los hombres. Nos cuesta, en realidad, distinguir la libertad

femenina, la libertad relacional, y, sobre todo, aceptar sus costos, que son costos principalmente económicos y de poder social.

En otras palabras, se abre una contradicción dolorosa cuando la madre encamina la vida de su hija adulta en nombre de una libertad que es libertad individualista, y la hija busca, en realidad, la libertad femenina (que es libertad relacional). Yo veo en el presente esta contradicción con bastante frecuencia entre mujeres emancipadas y sus hijas. El dolor que esta contradicción genera es distinto del que trajo el proceso de separación de los hombres y sus proyectos que ha llevado al final del patriarcado. Es distinto porque la búsqueda de libertad femenina por parte de la hija no la lleva a la separación definitiva de la madre sino, precisamente por ser libertad relacional la que busca, le lleva más bien a un vaivén entre ruptura y reconciliación. El sufrimiento que veo, sin embargo, sigue siendo muy grande, y se muestra con frecuencia en el hundimiento de la hija por depresión —que sigue siendo una enfermedad en aumento entre mujeres—,⁵ por desorientación, por pérdida del deseo, abrumado por la presión de la madre para que haga lo que ella piensa que la hija tiene que hacer por su bien.

No sé qué cambio social del alcance del final del patriarcado traerá la apuesta de bastantes jóvenes de hoy por la libertad femenina, por la libertad que civiliza. Pero sé que ha cambiado ya algo sustancial de la organización del trabajo, por ejemplo,⁶ siendo el trabajo uno de los principales espacios públicos de la actualidad.⁷ He leído en una revista convencional que, según un estudio hecho en los Estados Unidos, se puede decir que hoy los hombres, en la empresa, harían cualquier cosa por dinero; y las mujeres, en cambio, no. Es decir, ellas han puesto ya entre lo más significativo de las relaciones de producción, su calidad, la calidad de la relación, anteponiéndola incluso al salario.

Por eso pienso que para que hoy una hija pueda ser libre delante de la madre viva, es preciso que la madre emancipada recoja una herencia de esas maestras de civilización que son las amas de casa, y reconozca el valor político de la relación de servicio: del ponerse ella —la madre emancipada— al servicio de la fecundidad de su hija, al servicio de la creatividad de

la hija. Reconociéndole a la hija su más. Y cuando digo relación de servicio, lo digo literalmente, y me refiero tanto al hacer (al prestarle servicios) como al significar, o sea, al poner en palabras lo que ocurre (que es prestar servicios simbólicos). Pienso que esto es algo fundamental que nos falta. Creemos que la hija no sale adelante, que no es libre, cuando ella, en realidad, está buscando otra cosa –busca estar en el presente, por ejemplo, más que en el futuro– y está probando otro tipo de libertad: la libertad femenina. Su búsqueda propia es su más.

Cuando la madre no se pone al servicio de la fecundidad y de la creatividad de su hija adulta, la genealogía femenina y materna se trunca. Es esta ruptura lo que causa en ambas un dolor que parece irreparable. Lo digo por experiencia, aunque mi experiencia no haya sido solo dolorosa sino que ha sido, en realidad, de luz, de luz percibida después de haberme dejado llevar por la intuición –eso que se dice que nos distingue a las mujeres– a una relación de servicio para con su creatividad, una creatividad que es tan distinta de la mía que, antes, yo no era capaz de reconocerla.

Hay dos imágenes muy vistas y revistas en la historia de nuestro arte que informan de la genealogía femenina y de su ruptura. La primera expresa la genealogía femenina entera, esa en la que también la hija es fecunda, de lo que se deduce que fue libre en presencia de su madre viva. Es la imagen de las Tres Madres, una imagen que hemos heredado de las culturas pre-patriarcales mediterráneas y que presenta, de múltiples maneras, una trinidad femenina de amor, de relación sin jerarquía, una trinidad obviamente precristiana. La otra es la imagen cristiana de la Santa Generación –que solemos llamar Trinidad femenina para no olvidar ese nombre importantísimo–, que consiste en la abuela, la madre y el niño, típicamente Santa Ana, la Virgen y el Niño. En la Santa Generación, se pierde necesariamente lo infinito de la genealogía femenina que la imagen de las Tres Madres, en cambio, enseña y transmite.

notas:

1. Esther Borrell, *Les tres mares. Les arrels matriarcales dels pobles catalans*, Lleida: Pagès editors, 2006.

2. Lia Cigarini, "Libertad femenina y norma", *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 8 (1995) 85-107; p. 88. Véase también: Lia Cigarini, "Libertad relacional", *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 26 (2004) pp. 85-91.
3. Diana Sartori, "Libertad "con". La orientación de las relaciones", *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 26 (2004), pp. 105-115.
4. Margarita Porete, *El espejo de las almas simples*, prólogo y traducción de Blanca Garí, Madrid: Siruela, 2008 (1ª ed. Barcelona: Icaria, 1995).
5. Puede verse: Elvira Reale, *Prima della depressione. Manuale dedicato alle donne*, Milán: Franco Angeli, 2007.
6. Sobre este cambio, véase Lia Cigarini, "El conflicto entre los sexos en el trabajo", *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 19 (2000) 13-26; Ead., "El sentido del trabajo", *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 25 (2003), 91-99; y Librería de mujeres de Milán, *Palabras que usan las mujeres para nombrar lo que viven y sienten hoy en el mundo del trabajo*, trad. de Laura Mora Cabello de Alba y M^{ra} Dolores Santos Fernández, Madrid: horas y HORAS, 2008, Eaed., *Il doppio sì: maternità e lavoro*, Milán, *Quaderni di Via Dogana*, 2008, y Eaed., *Immaginate que el trabajo...*, "Sottosopra" 2009, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual*, 38 (2010), encartado al final de este número.
7. Así lo sostuvo Lia Cigarini en un encuentro celebrado en *La Sala* del espacio Francesca Bonnemaison en mayo de 2007, transcrito en "¿Qué es la política de las mujeres? Diálogo sobre el libro 'La cultura patas arriba' (horas y HORAS, 2006)", *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual*, 33 (2007), pp. 225-241.

Fecha de recepción del artículo: diciembre 2009. Fecha de aceptación: enero 2010.

Palabras clave: Madres e hijas – Genealogía femenina – Política de las mujeres.

Keywords: Mothers and daughters – Female genealogy – Women's politics.